

Stephen A. Mitchell: un constructor de puentes



Contribuciones al
Psicoanálisis Relacional

Ariel Liberman*

Sociedad Argentina de Psicoanálisis

RESUMEN

El trabajo gira en torno al pensamiento de Stephen A. Mitchell. En primer lugar, muestra el contexto de génesis del mismo y las diferentes estrategias conceptuales a la hora de enfrentar la continuidad o discontinuidad con el pensamiento de Freud. La estrategia en la que este autor se ubica establece como base de su construcción teórica a las relaciones con los otros (externos, internos), considerando esta dimensión como constitutiva de la experiencia humana, dentro de la cual otras dimensiones como la sexualidad, la agresión, la culpa, entre otras, cobrarán sentido. En segundo lugar, desarrolla algunas de las consecuencias que el concepto de interacción tiene a la hora de reevaluar la situación analítica. Se diferencian usos conceptuales y conductuales del término interacción. Por últi-

ABSTRACT

This work revolves around the thinking of Stephen A. Mitchell. Firstly, it shows its contextual genesis and different conceptual strategies when considering its continuity or discontinuity with respect to Freud's thinking. The strategy the author supports establishes the outside/inside relationships with others as the basis for his theoretical construction, regarding this dimension as constitutive to human experience, within which, other dimensions, such as sexuality, aggression and guilt, for example, will make sense. Secondly, he expounds on some of the consequences the concept of interaction has when reassessing the analytic situation. Conceptual and constructional usages of the term interaction are differentiated. Lastly, the

* Residente en Madrid: Príncipe de Vergara 205, segunda escalera, 1.º. D. 28002 Madrid España
Ariel.liberman@telefonica.net

mo, se exponen los diferentes modos de operar de la relacionalidad tal y como Mitchell los plantea en sus últimos trabajos. Se analizan cuatro modos de organización interaccional: 1. comportamiento no reflexivo o presimbólico; 2. permeabilidad afectiva; 3. configuración sí mismo-otro; 4. intersubjetividad.

various ways rationality works as dwelt on in Mitchell's latest works are set out. Four ways of interactional organization are analyzed: 1. nonreflexive or presymbolic behaviour; 2. affectional permeability; 3. self-other configuration; 4. intersubjectivity.

Stephen A. Mitchell: un constructor de puentes

Contribuciones al Psicoanálisis Relacional

"En la música clásica un error es un error. Pero en el Jazz, un error puede ser –y de hecho debe ser– justificado por lo que viene después."
- Bill Evans

"[...] lo peligroso no son las ideas equivocadas sino las sostenidas rígidamente." - Stephen A. Mitchell

"Los poetas ensanchan nuestro lenguaje al utilizar metáforas y símiles que a veces se convierten en expresiones fijas. En este sentido especial, la filosofía es conservadora y extremadamente sobria; la poesía, sin embargo, es radical y expansiva. Si los filósofos declaran: 'Tenemos argumentos razonables, los poetas no', entonces esto quiere decir básicamente: 'Tratamos con lo que ya está sobre la mesa'. Los poetas podrían responder: 'Sí, pero nosotros traemos de vez en cuando algo nuevo a la mesa'." - Richard Rorty

Introducción¹

Nuestro objetivo en este trabajo es presentar, de forma sintética y fragmentaria, algunas de las contribuciones de S. A. Mitchell a lo que hace ya aproximadamente 25 años viene denominándose Psicoanálisis Relacional.² Esta tradición psicoanalítica –entendiendo por tradición una

¹ Me gustaría agradecer la lectura atenta y los comentarios que de este trabajo han realizado los colegas Augusto Abello Blanco y Alicia Casullo.

² Mitchell y Aron realizan una recopilación titulada "El psicoanálisis relacional. La emergencia de una tradición" (1999) en dónde agrupan los textos que para ellos, de una u otra manera, están vinculados con su nacimiento. Los primeros textos están fechados a comienzos de los años 80 y pertenecen a autores como: Jessica Benjamin, Irwin Z. Hoffman, Stuart Pizer, Robert Stolorow, Owen Renik, Lewis Aron, Stephen A. Mitchell, por no citar más que algunos.

tendencia, una cierta sensibilidad compartida sobre ciertas cuestiones y no una escuela o sistema de creencias coherentes y cerradas— se ha gestado, fundamentalmente, en los Estados Unidos y es el producto de la convergencia de intereses intelectuales, clínicos y políticos de una serie de psicoanalistas que poco a poco fue despertando interés tanto dentro como fuera de dicho país. Queda claro, entonces, que el psicoanálisis relacional no es un conjunto homogéneo de pensamiento sino que alberga a diferentes psicoanalistas que provienen de tradiciones teóricas diversas.³

Para comprender algunos de los aspectos que desarrollaremos, creemos importante ubicar espacial y temporalmente su origen, del que nacen los debates y el contexto polémico propio de esta tradición. Obviamente, la presentación que permite este trabajo aludirá sólo marginalmente a dichos contextos históricos que constituyen, como en todo pensamiento que crece, el horizonte necesario para situar los énfasis y elecciones que caracterizarán al pensamiento relacional.

La obra de Stephen A. Mitchell es una de las contribuciones esenciales en la creación y desarrollo del psicoanálisis relacional. Lamentablemente, este agudo y brillante psicoanalista falleció con sólo 54 años en diciembre del año 2000. Sus contribuciones abarcan tanto aspectos teóricos y clínicos como reflexiones epistemológicas. Fue, también, un participante muy activo en la creación y desarrollo de instituciones de pensamiento psicoanalítico, en las que se destacó, además, por su labor como docente y supervisor. Queremos citar su contribución a la expansión de la división 39 de la Asociación de Psicólogos Americana; su participación en el Programa de Post-doctorado de la New York University (NYU) donde crea, junto con Emmanuel Ghent, Bernie Friedland, Phillip Bromberg y otros, en 1989, el plan de estudios de la orientación en Psicoanálisis Relacional; también, con Lewis Aron en 1991, fundó la prestigiosa revista *Psychoanalytic Dialogues*; y, poco antes de su muerte, parti-

³ Alcanza para mostrar esto referirnos brevemente a los autores nombrados en la nota 2: El pensamiento psicoanalítico de Jessica Benjamín, formada en Alemania –Frankfurt– a finales de los 70, tiene su origen en las reflexiones sobre psicoanálisis y feminismo; Irwin Hoffman, íntimo colaborador de Merton Gill a finales de los 70 y comienzos de los 80, es creador de un pensamiento con fuerte énfasis en la articulación del psicoanálisis con la epistemología, que él denomina constructivismo dialéctico; Stuart Pizer, formado en la tradición winnicotteana, enfatiza el concepto de ‘negociación’ tomado de su maestro Paul Russel; Robert Stolorow, formado junto a Heinz Kohut, deviene, junto con Atwood y Orange, referente del intersubjetivismo post-kohuteano; Owen Renik, con una amplia formación freudiana en el marco de la APA-IPA, pone especial énfasis en el concepto de *Self-disclosure*; Lewis Aron, más joven que los anteriores, se forma en constante diálogo y colaboración con S. A. Mitchell; Stephen A. Mitchell, proviene de la tradición interpersonal del psicoanálisis y se destaca por su actitud de integrar perspectivas: construir puentes entre el psicoanálisis interpersonal, la teoría de las relaciones de objeto (Fairbairn, Winnicott) y ciertos freudianos revisionistas (Loewald, Schafer).

cipó de la fundación de la IARPP (*International Association for Relational Psychoanalysis and Psychotherapy*). Nos gusta y compartimos la definición que Lewis Aron hace de él: “un constructor de puentes” (2003, p. 68).⁴

Otra observación preliminar, más local, es destacar las amplias convergencias que el pensamiento de Mitchell tiene con las producciones del psicoanálisis rioplatense, sobre todo con el movimiento que se gesta alrededor de la figura de Pichon-Rivière, excelentemente sintetizadas por Benzión Winograd (1999, 2002). Esta es la razón por la que no nos extrañaría que mucho de lo expuesto resonara en los lectores como familiar.⁵ Esta observación tal vez surge de haber recorrido –textual, vivencial y, ¿por qué no?, también de pasillo– el psicoanálisis en diferentes países. Hay una tendencia a pensar, a la hora de evaluar una idea proveniente de “afuera” (afuera que requeriría una amplia reflexión): “Esto ya lo dijo X” (autor local, generalmente influyente en la región). Y tal vez esto puede ser cierto. Pero interesa destacar que en todos y en cada uno de los países se recurre a los padres fundadores, no solo como maestros de las nuevas generaciones, sino como forma de reducir el impacto del nuevo pensamiento, remitiendo muchas veces lo ‘novedoso’ del mismo a ideas centrales de dicho pensador o, simplemente, en muchas otras ocasiones, a pensamientos marginales que no fueron tematizados (desarrollados) por el mismo. No puede olvidarse la desafortunada oración que figura en la Introducción de Joan Riviere (1952, p.25) al libro *Desarrollos en Psicoanálisis* de M. Klein: su teoría “no deja ningún abismo infranqueable ni fenómenos pendientes”. Sabemos que de esa forma el conocimiento no crece, se fanatiza. Pero, sin duda también resuena la voz de Winnicott (1952 p.89), como contracara comunitaria, que la llama a reflexión a Klein al decirle que si piensa que “sólo su propio lenguaje debe ser utilizado para la enunciación de los descubrimientos de otra gente [...] [este] se convertirá en lenguaje muerto”, y la voz de P. Aulagnier (1979, p.11) que apela a “el movimiento que lleva al sujeto a sobrepasar lo ‘sabido’” segura de que “el saber es un movimiento [...] cuyo punto de detención es impensable”.⁶ La actitud que se

⁴ La traducción de esta cita así como de las otras citas textuales que aparecen en el trabajo pertenecen al autor.

⁵ El 6 de julio de 2007 presenté en el congreso internacional de IARPP (Atenas) un trabajo sobre las relaciones del pensamiento de E. Racker y W. y M. Baranger con el pensamiento relacional en donde vislumbro un área de investigación muy fértil que sería interesante profundizar.

⁶ Tal vez esta pequeña digresión al objetivo central del trabajo sea la necesidad de expresar ese dolor que tenemos algunos de los psicoanalistas de la generación de los 60 que tuvo la desgracia de comenzar la formación en el momento en el que la enriquecedora consigna del “retorno a Freud”, propia de los 50’, había devenido en los 80’ en santificación y alienación, (Aulagnier, 1979), todo estaba pensado y sólo había que dedicarse a una exégesis desmedida de los textos de los fundadores –Freud y Lacan particularmente.

sintetiza en el “esto ya lo dijo tal”, es mutilante ya que si bien es posible que la clínica y los horizontes intelectuales compartidos⁷ hayan llevado a algunos pensadores a desarrollar ideas semejantes, eso no invalida el recorrido singular (o el destino singular) de dichas ideas en las diferentes zonas geográficas y tradiciones de pensamiento.

Contexto de formación de Stephen A. Mitchell

En el contexto norteamericano de los años 70' la referencia a Freud funcionaba, muchas veces, como una hipoteca que parecía vitalicia. Esto es lo que llevó a Kohut, a finales de dicha década, a sostener que para que el psicoanálisis siga vivo “debe pasar de estudiar Freud a estudiar al ser humano” (1981, p.405).⁸ Provocación excesiva, sin duda, como todas, pero reveladora de un clima esterilizante.⁹

Para comprender este contexto es útil tener en cuenta el esquema del desarrollo del psicoanálisis en Estados Unidos que plantea Robert S. Wallerstein en su libro “*The talkings cures*” (1995). Los diferentes períodos que establece, de los que citaré unas pocas ideas, nos sitúan en lo que queremos desarrollar y resultan razonablemente orientadores.

Su meta principal es mostrar cómo dentro de Estados Unidos se fue desarrollando, poco a poco, la relación entre psicoterapia psicoanalítica y psicoanálisis. En la primera parte del libro, en el período que nosotros podríamos llamar –tomando una expresión que utiliza el autor– “la era fundacional del psicoanálisis americano”, Wallerstein ubica los orígenes de esta relación en la Europa de pre-guerra (Freud, Ferenczi) y sus comienzos en Estados Unidos. Plantea cómo se va desplegando este asunto en los años 30' y 40' y destaca muy especialmente la situación inmigratoria de la mayoría de los analistas, el problema del psicoanálisis lego (alianza entre el grupo médico y el freudismo ortodoxo) así como la escisión-expulsión de ciertos miembros de la naciente Asociación Psicoanalítica Americana¹⁰ –(digo naciente ya que si bien su constitución nominal es en 1911, pensamos que su constitución efectiva acontece con la llegada de los psicoanalistas europeos a partir de los años 30'). En la segunda parte del libro, “La

⁷ Por poner sólo un ejemplo marginal, tanto Pichon-Rivière como Sullivan eran grandes admiradores de George H. Mead.

⁸ Curiosamente esta frase la escribe alguien que hasta la década de los 60' se lo apodaba, entre sus alumnos y colegas, “Mr. Psicoanálisis” por su amplio conocimiento de la obra de Freud y del pensamiento psicoanalítico en general. (Agnès Oppenheimer, 1998, PUF).

⁹ Es de recordar que Wallerstein sostenía aún en 1988 que en la comunidad analítica todavía no se había hecho el duelo de Freud.

¹⁰ Me refiero, particularmente, a Karen Horney y Clara Thompson en 1942.

era del consenso y la fragmentación" (1954-1979), en su primer capítulo: "1954: la cristalización del consenso mayoritario", Wallerstein se refiere a la cristalización planteada como reacción de ciertos sectores de la comunidad analítica naciente en la década de los 40' a las propuestas realizadas, fundamentalmente, por Franz Alexander¹¹ y Frida Fromm-Reichmann. Ambos cuestionan, de diferente manera, que sólo se considere a la diada interpretación-insight como motor del cambio. La fecha de 1954, obviamente arbitraria como todo intento de trazar períodos, tiene sin embargo su justificación porque en ese año se edita un volumen del *Journal of the American Psychoanalytic Association* (1954, 2: 4) en el que se compilan una serie de mesas redondas de los años precedentes que debaten estos asuntos.¹² La discusión lleva a la cristalización de un consenso mayoritario acerca de lo que constituye el psicoanálisis propiamente dicho. El texto de Kurt Eissler (1953) también fue decisivo en ese momento. Como en todo consenso hubo excepciones y matices –como la de Leo Stone (1961) promoviendo un psicoanálisis más "humano" frente a la "austeridad" propuesta por Eissler– pero, en los rasgos centrales, siguieron sosteniendo el nódulo del modelo conceptual y operativo que Wallerstein sitúa en 1954. Aquí el debate queda planteado en términos de humanidad versus austeridad, pero, como veremos, tanto Mitchell en diversos trabajos, como Irwin Hoffman en su ya clásico texto *The Patient as Interpreter of the Analyst's Experience* (1983) trasladan ese debate a los presupuestos conceptuales y epistemológicos que organizan dichas adjetivaciones –presupuestos que para Mitchell y Hoffman son iguales en ambos "bandos" (Hoffman (1983) denominó "críticas conservadoras" a los cuestionamientos que hace Stone).

Retomemos la persona de Mitchell. Él realiza su primer acercamiento a la formación analítica haciendo su doctorado en la NYU y luego, de forma más sistemática, en el *William Alanson White Institute* (1972-1977), fundado a comienzos de la década del 50' por Harry Stuck Sullivan, Erich Fromm, Clara Thompson y lugar de constitución de lo que se conocerá como Psicoanálisis Interpersonal – denominado 'culturalista' con mucha frecuencia. En el momento de formación de Mitchell este psicoanálisis

¹¹ Mitchell dirá de la "experiencia emocional correctiva" de Alexander que estaba bien orientada en cuanto a la descripción de la experiencia emocional como un factor central de cambio en el proceso terapéutico pero que pecaba de racionalidad técnica, una creencia de la época (Zeigeist) que compartía con sus críticos, que llevó a lo más discutible de su propuesta: el aspecto prescriptivo (de actitudes contrapuestas a la de las figuras parentales, etc.).

¹² Curiosidad: también en 1954 Maurice Bouvet escribe para la *Encyclopédie Médico-chirurgicale, Psychiatrie* (dirigida entonces por H. Ey) un texto sobre "La cure type" (p. 37812, A10-A40) y Ey solicita a J. Lacan al año siguiente (1955) un trabajo sobre "Variantes de la cure-type", *Écrits*, 1966, Seuil, p. 323.

interpersonal tenía otra serie de figuras relevantes: Edgar Levenson,¹³ Benjamin Wolstein, Erwin Singer, entre otros.

El *William Alanson White Institute*, por diferencias que no vienen al caso en este trabajo, queda fuera de la Asociación Psicoanalítica Americana y, por tanto, de la IPA. Esto produjo un gran enfrentamiento entre psicoanalistas freudianos y psicoanalistas interpersonalistas que atravesó al psicoanálisis en Estados Unidos hasta hace relativamente poco. Mitchell refleja claramente esta situación cuando relata, en una entrevista con J. Drescher, sus comienzos como docente del programa de posdoctorado de la NYU en la orientación interpersonal a comienzos de los 80':

En ese momento, el sentimiento entre los Interpersonalistas era que sólo muy poco de las relaciones objetales era tolerable, [...] temían que este tipo de cosas fuese muy peligroso para la escuela Interpersonal. Hice un trabajo en la NYU llamado *Teoría de las Relaciones Objetales: ¿amiga o enemiga de la tradición Interpersonal?* El discutidor lo atacó en un tono que tenía mucho de macartismo: era como si la teoría de la relaciones objetales fuese un "frente de organización" freudiana que quisiese infiltrar las cosas. La tradición interpersonal necesitaba mantenerse pura de esto. Se debatía en lo que para mí era un nivel pseudo-racional [...] Las personas que tenían el poder habían crecido en confrontación con los freudianos y no se pueden eludir estas experiencias formativas. Si usted crece en la depresión, siempre temerá estar peor, sea cual fuera su situación." (1994, p. 4).

Es casi obvio decir que en el sentido inverso ocurría lo mismo. Una manifestación clara de este enfrentamiento, que no ocurría sólo en norteamericana sino que se ha dado también a nivel internacional, es que en el amplio y erudito libro de H. Etchegoyen (texto de referencia también en muchos institutos de Estados Unidos) prácticamente no se incluyen los aportes que desde los años 40' viene realizando este grupo de pensadores (Aron, 1996).¹⁴ En este contexto cobra sentido la analogía que Spezzano

¹³ Curiosidad: E. Levenson publicó un libro en 1972 cuyo título "The fallacy of understanding", que podría traducirse como "La falacia de la comprensión", fue traducido en la Argentina en 1974 como "Réquiem por el psicoanálisis", editorial Kairos. Por otro lado, es de interés señalar que este texto, por su fecha de aparición y por la impronta de Levenson en ese momento en la WAWI, fue central en la formación de Mitchell.

¹⁴ Curiosidad: es muy interesante comparar las referencias que se realizan sobre el tema 'Contratransferencia', incluso en la década del 90', por miembros de IPA y por interpersonalistas (véase Benjamin Wolstein). En ambos la coincidencia de textos debe ser de un 30 a un 40 %. Es de remarcar que en la recopilación de Wolstein no se encuentre el texto de Paula Heimann del 50' y en las referencias de psicoanalistas de IPA difícilmente encontremos a gente como Tauber, Wolstein mismo, etc. Racker es referente en ambos. (Probablemente también ocurra en otros temas).

(1995, p.27) establece con la *British Society of Psychoanalysis* en la que define al psicoanálisis relacional como “grupo intermedio o grupo independiente americano”, ubicándolo entre el freudismo clásico y el psicoanálisis interpersonal.

El legado de Freud y la heterogeneidad del psicoanálisis contemporáneo

En reiteradas ocasiones a lo largo de su obra Mitchell plantea que fue central en la historia del psicoanálisis cuestionarse qué hacer con el legado de Freud, tal vez un equivalente al actual pensar cómo situarse frente a la heterogeneidad que caracteriza al psicoanálisis contemporáneo. Explícitamente responde que prescinde de interpretaciones psicológicas (que podrían ir en direcciones opuestas según los intereses racionalizadores de quien la realice) y plantea estrategias conceptuales que le permiten afrontar inclusive las necesidades y los intereses políticos que dicho problema supone. Plantea tres estrategias conceptuales (1983, 1988): 1. de acomodación, 2. mixtas y 3. de alternativa radical.

La estrategia de acomodación se caracteriza, por un lado, por la búsqueda de continuidad con las premisas de base del modelo freudiano, que Mitchell hace girar en torno de la teoría pulsional, como posición motivacional central, aunque ya se comienza a enfatizar el rol fundamental de las relaciones tempranas (Hartmann, Jacobson, Malher, entre otros); y, por otro, en la reinterpretación constante de la obra de Freud, que mantiene la continuidad a costa de atribuirle, incesantemente, los nuevos significados que los autores en cuestión pretenden sostener, sin un claro reconocimiento de dicha reformulación (ejemplo de esto es el primer período de la obra de J. Lacan).¹⁵ De hecho, esta actitud ha llevado a grandes confusiones y a transformar ciertos términos-conceptos en una suerte de contraseña, de lugar de pertenencia, principalmente en respuesta a una necesidad política.

La estrategia mixta consiste en yuxtaponer los modelos que suponen las otras estrategias (modelo pulsional y modelo relacional) partiendo del supuesto de que cada uno da cuenta mejor de un momento del desarrollo, lo que muchas veces va unido a cierta/s área/s de la psicopatología –en general las correlaciones se establecen entre trastornos de las relaciones tempranas y patología severa (esquizoide en el ámbito británico, narcisista en el

¹⁵ El problema, por supuesto, no es la reformulación en si misma, sino su encubrimiento. Una excepción notable en este sentido fue Hans Loewald quién, muy aferrado a la terminología freudiana, fue explicitando constantemente los usos y redefiniciones que él realizaba.

norteamericano) y trastorno en el nivel edípico-pulsional y patología neurótica. Esta estrategia se esfuerza por mostrar la continuidad entre los nuevos desarrollos y la obra de Freud a través de una suerte de complementariedad en dónde se redistribuyen y/o delimitan los nuevos terrenos o los previamente existentes –psicopatológicos, técnicos, clasificatorios– sosteniendo un progreso por sumatoria sin ninguna revisión crítica explícita –sea esto por convicción o por política. Esta estrategia permite, por un lado, no abandonar el modelo pulsional y, por otro, no pretender hacerlo dar cuenta del conjunto de las manifestaciones clínicas y lograr circunscribir un área de aportes fundamentales por fuera del debate político. Entre los autores más representativos de esta estrategia podemos citar a Winnicott y Kohut –sabemos que ambos, al final de sus días, fueron progresivamente ampliando sus contribuciones hasta englobar la totalidad de los fenómenos.¹⁶

La estrategia de alternativa radical propone modificar las premisas de base del modelo freudiano –premisas que Mitchell entiende como el marco referencial sobre el cual asentar la construcción teórica. Este tema de los ‘presupuestos básicos’ se trata en este trabajo en el punto “la elección del *container*”. Esta tercera estrategia ubica en el centro de la construcción teórica a las relaciones con lo otros, no como una motivación discreta entre otras, sino como una dimensión constitutiva de la experiencia humana dentro de la cual otras dimensiones como la sexualidad, la agresión, la culpa, entre otras, cobrarán su sentido. Mitchell considera a Sullivan y a Fairbairn como ejemplos paradigmáticos de esta estrategia. Destacará, también, en diferentes momentos de su obra, lo radical de la alternativa que plantea Fairbairn al invertir la relación medios-fines en su concepto de la libido como “buscadora de objetos”: no buscamos el placer o, más ampliamente, un determinado estado emocional, sino que por medio de dicha experiencia emocional reconstruimos y/o mantenemos una determinada relación con el objeto. Como se infiere, en esta perspectiva se abandona la teoría pulsional como motivación central en favor de la jerarquización de las relaciones –internas y externas, reales y fantaseadas, pasadas y presentes– como fenómeno primario y motor de la experiencia. Es con esta última estrategia con la que podemos identificar al pensamiento de Mitchell.

¹⁶ Es curioso a este respecto como Winnicott en una reseña (1953) sobre los aportes de Fairbairn, realizada junto con Khan, muestra cierto reparo frente a sus propuestas, mientras que luego, en 1969, hacia el final de su obra, sostiene que Fairbairn hacía tiempo que había captado lo fundamental. Sostiene allí: “...reconozco que coincido con lo declarado por Fairbairn en 1944: la teoría psicoanalítica está poniendo el acento en la satisfacción de las mociones a expensas de lo que él llamó ‘búsqueda de objeto’. Porque entonces Fairbairn, como yo ahora, estaba transitando los senderos en los que la teoría psicoanalítica debe ser desarrollada o modificada, si el analista se propone enfrentar los fenómenos esquizoides en el tratamiento de pacientes” (p. 305, en *Exploraciones Psicoanalíticas I*, Paidós, 1993).

Pensemos ahora en el hecho actual de la heterogeneidad del psicoanálisis. Esta crisis de sus “consensos”, como puede llamarse, nos exige aceptar, según Mitchell, los cambios que en las últimas décadas vienen asentándose en el panorama intelectual, sobre todo en el ámbito de la filosofía del conocimiento (epistemología), de las teorías del género y de la investigación. Considera él que las dos estrategias que han prevalecido para enfrentar esa heterogeneidad han sido las ortodoxias, del autor que sea, y los eclecticismos, cada uno con sus ventajas y desventajas. Frente a estas actitudes Mitchell propone la necesidad de una integración crítica de los aportes y contribuciones de las diferentes teorías y tradiciones que han enriquecido la indagación analítica, teniendo en cuenta sus convergencias y compatibilidades, sus divergencias excluyentes y su capacidad de contrabalancearse o corregirse en los énfasis excesivos. Es decir, resalta la importancia “correctora” que unas teorías tienen sobre las otras (1988, 1997, 1999).

*La elección del container*¹⁷

En 1988 Mitchell plantea que un vértice para comprender la historia del psicoanálisis es hacerlo como si ella fuese una serie de alternativas al dilema conceptual que Freud enfrentó en 1923: datos clínicos saturados de relaciones con los otros y un marco conceptual que relega las relaciones a un rol de mediación y/o secundario. Hacía ya tiempo que M. Balint (1949) había planteado claramente este problema: el psicoanálisis arrastra una ‘hipoteca fisiológica’¹⁸ en la construcción de sus modelos teóricos cuando la experiencia clínica nos advierte de la centralidad de la relaciones de objeto; la teoría ha quedado rezagada frente a los desarrollos en la técnica como espacio de experiencia.

Según Mitchell, Freud, al inventar al psicoanálisis creó, no sólo un conjunto de ideas o una forma de cura, sino fundamentalmente “un tipo de experiencia que nunca antes existió” (1996, p.166). Piensa que no es des-

¹⁷ Este término es de traducción difícil. Pueden usarse varios términos –contenedor, recipiente, etc. Hemos preferido dejarlo en inglés ya que lo que pretende es matizar la idea de marco de trabajo.

¹⁸ La metáfora de la hipoteca, tan cotidianamente actual en España, me pertenece. La idea de Balint se refiere a la impronta de la fisiología en la construcción teórica psicoanalítica y a la necesidad de que la teoría se actualizase a partir de una reflexión sobre la técnica. Me parece sugerente la idea de hipoteca ya que pienso que estamos, como disciplina, bastante endeudados. Otra gran hipoteca que tenemos a la hora de pensar la situación y el proceso analítico es la que suelo denominar “la hipoteca del resto diurno” (especialmente en su definición de 1900 en la teoría del sueño). Creo que hace ya tiempo viene cuestionándose esta idea pero, como sostiene José Luis Romero en su concepto de “mentalidad grupal”, ella permanece en estado poco elaborado, descolorida, aunque operativa, ya que “rige el sistema de la conducta del grupo social” analítico. “Son operativas, vigentes: actúan” (de su libro “Estudio de la mentalidad burguesa”). Esta definición hace necesario que mantengamos siempre la guardia alta con nosotros mismos ya que participamos de ella y se filtra en las más sutiles expresiones de nuestros intercambios clínicos cotidianos.

merecer los logros de Freud sugerir que el dispositivo que él inventó posee un poder que sólo aproximadamente pudo imaginar. A través de las asociaciones Freud lleva a los pacientes, desde los síntomas a sus contextos de origen, y se encuentra con la intensidad de los fenómenos de transferencia y resistencia. La teoría de la sexualidad, la teoría pulsional, las recomendaciones técnicas, todo devino parte, sostiene Mitchell, de la "artesanía conceptual que Freud desarrolló para navegar las traicioneras aguas de la experiencia psicoanalítica" (1997, p.34). Mitchell no duda que este sistema de ideas, método, recomendaciones técnicas y terapéutica funcionó para toda una época y esto explica, en parte, la perdurabilidad de sus ideas en la historia del psicoanálisis. Sin embargo, sostiene, las explicaciones de Freud que funcionaron convincentemente en sus días "ya no funcionan para nosotros, y tenemos una gran dificultad para aceptarlo del todo" (1996, p.168).

Desde sus trabajos más tempranos con J. Greenberg (1983) Mitchell plantea la necesidad de realizar una elección sobre aquello que consideramos primario en nuestra construcción de un modelo teórico. Tenemos la necesidad de elegir sobre qué supuestos basamos nuestro enfoque. Greenberg y Mitchell consideran que existen dos grandes modelos o marcos de referencia tanto para reflexionar sobre la historia del psicoanálisis como sobre sus desarrollos en la actualidad. Se refieren básicamente a dos marcos de trabajo: el que considera como fenómeno primario a la pulsión y el que considera como fenómeno primario a la relaciones. Como vimos, para Mitchell la actitud aparentemente conciliadora y tolerante que plantea 'por qué elegir si podemos mantener ambos supuestos', conlleva una elección previa, la de una estrategia conceptual mixta. Al enfrentar estas argumentaciones plantea que el problema no es de índole moral, que no reside en la tolerancia, sino en cómo edificamos nuestros modelos –y él es conciente de que su propuesta sólo es una elección posible entre otras. Afirma:

Creo que Fairbairn (como Sullivan) se orientaron hacia un modo diferente de comprender la naturaleza de los seres humanos, como fundamentalmente social: no como algo que entra en interacción sino como inserta desde el vamos en una matriz interactiva con los otros como su estado natural. (2000, p.105).

Esta idea presupone que el individuo no es la unidad de estudio más apropiada para estudiar al hombre en su 'estado natural', sino que el hom-

bre 'es' en la interacción, 'es' en el vínculo, no busca la interacción por y/o para determinado propósito o necesidad.¹⁹

Si los conceptos son pensados como conceptos y no como partes de la naturaleza, si establecemos una diferencia clara entre modelos y realidad, entonces se hace necesaria una elección a la hora de organizar los datos o *insights* clínicos que las diferentes tradiciones teóricas han realizado. Mitchell (1999) sostiene que los marcos de trabajo son como 'containers' de ideas clínicas; piensa que si bien no podemos mezclar los 'containers' porque "sus presupuestos básicos son mutuamente excluyentes", sí es posible reubicar (pasar) algún contenido, clínico o técnico, de un container a otro. Ambos supuestos de base no aluden a diferentes áreas de experiencia, son propuestas de organización del conjunto de datos clínicos.²⁰

En esta línea podemos tomar los procesos de crianza dentro de una determinada familia como una analogía interesante –y profundamente relacional– de cómo en nuestro proceso formativo como psicoanalistas vamos generando lealtades, cegueras, conflictos de lealtades, aceptaciones acrílicas de determinados supuestos acerca de cómo es el mundo, de cómo hemos vivido a ese mundo dentro de nuestra "familia teórica", de cómo la necesidad de pertenencia organiza también estas miradas. Y, finalmente, de cómo conocer nuevas "familias", nuevas "culturas", permite un trabajo productivo de cuestionamiento, relativización crítica, reubicación de lo ya conocido, y muchos de los procesos que hoy tendemos a englobar bajo el concepto de desidentificación o, mejor aún, de ampliación de las identificaciones con incidencia en el sistema identificatorio por medio de la corrección mutua, delimitación y contrapeso –en el sentido que lo plantean R. Stolorow (1999) y H. Bleichmar (1997), es decir, no se trata tanto de desinscribir algo inscrito sino de generar una nueva inscripción que abra nuevas posibilidades de reorganización.

Mitchell sostendrá:

Por razones que he elaborado en otra parte (Greenberg & Mitchell, 1983; Mitchell, 1988), no pienso que sea de gran ayuda el

¹⁹ Tomamos la idea de Winnicott "No existe nada que podemos llamar infante" (1960) como síntesis aforística de esta propuesta, con la que expresa la idea de que el bebé es inconcebible sin una madre que lo sostenga. Esta articulación aparece trabajada en el libro *Winnicott en la clínica hoy*, de muy próxima aparición en la editorial Psimática, cuya compilación hemos realizado con Augusto Abello Blanco.

²⁰ Tomemos, para los fines de este trabajo, la noción de "dato clínico" en su nivel más consensualmente descriptivo.

elegir simplemente trozos de teorías, extraerlas de su contexto conceptual y unir las a la fuerza. El choque entre diferentes teorías a menudo señala algún problema conceptualmente importante que necesita ser pensado y elaborado, no pasado por alto. Por consiguiente, *una de nuestras necesidades más apremiantes en este momento es la de un marco de trabajo conceptual comprensivo para pensar la interacción analítica*" (el subrayado me pertenece) (1995, p.66).

Y continuará (1997) sosteniendo que dicho marco de trabajo comprensivo para pensar la interacción analítica debería ser un "modelo relacional que incluya la dimensión intrapsíquica y la interpersonal, que albergue las contribuciones de cada tradición, al tiempo que elimine sus limitaciones y restricciones artificiales" (p.10). Finalmente, en su último libro en vida (2000), afirmará:

El marco de trabajo que empleo está basado en *la premisa de que las mentes humanas interactúan de muchos modos diferentes*, y que la variedad de conceptos relacionales difundidos en la reciente literatura analítica se comprende mejor no como representando teorías que compiten sino ocupándose de diferentes y entrelazadas *dimensiones de la relacionalidad*²¹ (p.XV) (el subrayado me pertenece).

Interacción en la situación analítica

Las citas con las que cerramos el apartado anterior ubican la interacción en el centro de interés de Mitchell. Si bien pertenecen a los últimos cinco años de su producción, ya desde sus primeros trabajos (1988) propone que la integración crítica de conceptos que él realiza en su modelo del conflicto²² relacional tiene su base en la "premisas de la interacción". También en las citas previas vemos cómo Mitchell sitúa la interacción en dos niveles: la comprensión de la mente humana y la interacción analítica. En cuanto a la primera de estas cuestiones Mitchell piensa que la subjetividad sólo es comprensible intersubjetivamente, que la mente sólo es inteligible como "encuentro de mentes" (Aron, 1996) ya

²¹ Traducimos la expresión de Mitchell "Relationality" por "Relacionalidad".

²² Como no he querido hacer un desarrollo cronológico del pensamiento de Mitchell me parece que es importante señalar aquí que a lo largo de toda su obra el concepto de conflicto permanece como eje central en su comprensión de la subjetividad. Claro que no articula el conflicto en los términos clásicos de pulsión-defensa sino que lo plantea en términos de conflicto entre configuraciones relacionales, entre lealtades inconscientes, entre versiones del *self*, etc.

que no existe mente humana que pueda sostenerse aisladamente, con independencia de otras mentes. Aislando la mente del individuo de su contexto interpersonal oscurecemos las fuentes desde los cuales construye sus contenidos.

La segunda cuestión, la dimensión central de encuentro e interacción propia de la condición humana que Mitchell sostiene –y que comparte, por cierto, con mucho de lo producido también en otras áreas geográficas y áreas de investigación en las últimas décadas–, no se limita únicamente, como a veces parece en cierta literatura psicoanalítica, a los orígenes del mundo subjetivo, sino que funciona como una dimensión central a lo largo de toda la vida y, por tanto, como un elemento nuclear para la comprensión de la experiencia analítica. Es por ello que, entre otras cosas, nos centraremos en lo que plantea como la “necesidad más apremiante”: reflexionar sobre la interacción analítica (p.13 del presente trabajo). Si bien la cita de Mitchell ya propone la necesidad de integrar los diferentes aportes que en las últimas décadas han realizado toda una serie de autores que de una u otra manera están vinculados al pensamiento relacional, pensamos que antes es necesario situar algunas de las consecuencias que el concepto de interacción y la jerarquización de la relacionalidad han tenido en la revisión de algunos aspectos de la situación analítica.²³

Una de las tesis centrales de Mitchell (1997) es que la historia del psicoanálisis ha estado, en general, dominada por la desmentida de la naturaleza interactiva (intersubjetiva en sentido amplio) de la experiencia analítica. Esto se ha traducido en lo que habitualmente se ha denominado, en el área geográfica norteamericana al menos, “psicoanálisis clásico”.²⁴ El reconocimiento progresivo de su dimensión interactiva ha llevado, naturalmente, al reconocimiento creciente de la influencia de la subjetividad del analista en el proceso analítico y, por lo tanto, a una revisión crítica de los términos que tradicionalmente estaban a él vinculados –neutralidad, abstinencia, anonimato– así como vinculados al proceso analítico en general –transferencia, contratransferencia, acción terapéutica, etc. En cuanto a la búsqueda de la

²³ Hace algún tiempo estoy trabajando, en el contexto de mi tesis doctoral, sobre la articulación entre interacción y proceso psicoanalítico en la obra de Mitchell. Postergaré para dicho trabajo gran parte de este problema.

²⁴ Recuerden el pertinente señalamiento de Racker cuando escribía que “*Freud no era un ‘analista clásico’*”, en el sentido que corrientemente se da a este término” (p.50) o, como decía también con cierta ironía, al menos “un clásico de hoy” (1958, Estudio II). La expresión “Psicoanálisis clásico”, si bien se usaba antes de 1954, creo que podríamos pensar esa fecha, como propone Wallerstein, como un momento de cristalización política de dicha expresión. Así, el psicoanálisis clásico se configuraría con posterioridad a Freud, lo que nos permite jugar con la idea de que, en la clasificación que realiza Hoffman (1983) entre ‘críticos conservadores’ y ‘críticos radicales’ del modelo del “analista clásico”, analista pantalla o espejo, Freud sería, contra toda cronología, un crítico conservador.

neutralidad-abstinencia²⁵ de la posición clásica, ésta implica, como sostienen con una imagen muy clara Thomä y Kächele (1989), la idea de poder alcanzar una “situación social cero”²⁶ o lo que Mitchell, siguiendo a Fairbairn, alude como a una situación imposible de anobjetabilidad [*objectlessness*]. En esta misma línea M. Gill plantea (1994) que la progresiva restricción de la conducta del analista fue un síntoma, una “falsa salida” forzada por la desmentida de la interacción como condición del proceso. Como vemos, los que sostienen conceptos como neutralidad-abstinencia, aunque sea como ideales reguladores inalcanzables, plantean un “paradigma a-social” (Hoffman 1983) o “unipersonal” (Ghent 1989) de la situación analítica como situación ideal.

Aron (2005) diferencia dos usos del término interacción: un uso conceptual y otro conductual. Siguiendo la distinción que Greenberg (1981) hizo entre aspectos descriptivos y prescriptivos de la situación analítica, podemos entender por uso conceptual aquel que nos permite realizar una redescipción de la situación y del proceso analítico; mientras que su uso conductual se refiere al aspecto prescriptivo del “cómo” un analista debería participar en dicha situación o proceso, es decir, prescribe un tipo particular de participación²⁷ (ejemplo: interpretación, *self-disclosure*²⁸

²⁵ Con el uso de la expresión “neutralidad-abstinencia” trato de sintetizar la confusión que ha reinado en el psicoanálisis en torno a estos conceptos. No desarrollaré aquí este problema, sólo remitiré a una cita de Thomä y Kächele (1990): “El que el problema de la neutralidad se haya mezclado con la regla de la abstinencia ha tenido efectos desfavorables para la técnica. La regla de la abstinencia se funda, como lo expusimos en la sección 7.1 del tomo primero, en conceptos de dinámica de las pulsiones: ella debe impedir gratificaciones transferenciales y está cargada con todas las implicaciones desfavorables de una conducta de evitación. Como lo expusimos antes, el precepto de neutralidad está en cambio al servicio de la autonomía bien entendida del paciente y del establecimiento de un espacio abierto a los valores. La denominación de “neutralidad” no describe esta actitud de una manera mejor que la denominación original de Freud de “indiferencia”. Por esta razón proponemos sustituir la denominación de “neutralidad” por los conceptos de “apertura frente a los valores” (*Wertoffenheit*) o “circunspección” (*Bedachtsamkeit*). (Vol II, *Estudios Clínicos*, 1990, p. 323). También es de señalar, sobre este asunto, el temprano e interesante trabajo de W. Baranger (1954) sobre la imposibilidad de la abstinencia ideológica (valorativa) en la situación analítica.

²⁶ Dicen Thomä y Kächele: “Hace ya tiempo que quedó claro que este ideal no es apropiado para las ciencias sociales. Simplemente, no ha sido posible producir, en una forma concreta, una “situación social cero”, aunque en su papel de fantasía utópica directriz ha tenido una influencia más bien negativa en la práctica psicoanalítica” (1989, p. 258).

²⁷ Me gustaría advertir que el término “participación” también está sujeto a esta distinción entre concepto (el analista no puede dejar de participar, lo que modifica la comprensión de la situación) y conducta (formas concretas de participar –voluntarias e involuntarias).

²⁸ Esta expresión inglesa es difícil de traducir al español. Literalmente significa auto-apertura o apertura de sí mismo, aunque ha sido frecuentemente traducida por auto-revelación. Tal vez sea esta la traducción más cercana y menos engorrosa. Pongo “*self-disclosure* deliberada” porque muchos autores han organizado diferentes clasificaciones de este concepto (Maroda 1990; Wachtel 1993). Simplificando, podríamos diferenciar las *self-disclosures* involuntarias de las voluntarias y subdividir cada una de estas categorías, a su vez, en aquellos aspectos vinculados a la vida privada del analista y en aquellos otros aspectos vinculados a la contratransferencia en la situación analítica (esto último, en su uso deliberado –voluntario– fue muchas veces denominado ‘confesión contratransferencial’). Renik (1993) sostiene que la toma de conciencia por parte del analista de la contratransferencia es siempre *post-facto*, es decir, una vez que ya ha sido actuada o puesta en juego. Si bien esta afirmación nos parece un poco extrema, pensamos que esta sospecha como parte de la actitud analítica es más útil que la confortable creencia de muchos de nosotros de que el paciente no capta más que lo que lo que queremos mostrar o tenemos la intención de hacer (“*at face value*” como dicen los ingleses, o “*au premier degré*”, como dicen los franceses). A esta creencia del analista Hoffman (1998) la denominó “la falacia del paciente ingenuo”.

deliberada, silencio, etc.). Esta distinción nos resulta extremadamente útil para evitar el deslizamiento constante de un sentido al otro –lo que genera mucha confusión.²⁹ Como sostuvo Darlene G. Ehrenberg, en la misma línea de lo planteado por Aron:

No estoy hablando de modos en los que podemos intentar deliberadamente involucrarnos con nuestros pacientes. Considero a esta [la interacción] como una condición del trabajo analítico [...] Por supuesto, el cómo participamos en esta interacción modelará la manera en que la relación se desarrolle y la forma que tome, para bien o para mal; pero la relación sigue siendo ‘interactiva’ e ‘intersubjetiva’, tanto si estamos en silencio como si hablamos, y siempre existe una dimensión inconsciente de todo lo que ocurra” (2005, p. 18).

En este sentido, a Mitchell no le interesa establecer un continuo entre la neutralidad-abstinencia y la interacción, o entre el anonimato y el *self-disclosure*. Hacer esto supone no sólo seguir sosteniendo la definición de estas polaridades en términos de conductas sino también mantener la idea de que la neutralidad-abstinencia o el anonimato son todavía un ideal que el analista debe alcanzar para la buena conducción del tratamiento. Para Mitchell no se trata sólo de que la neutralidad-abstinencia y el anonimato (o cualquier pretensión de definir *a priori* la actitud analítica) no sean metas deseables ni alcanzables (inalcanzabilidad que es sostenida hoy por gran parte de la comunidad analítica), sino que estos conceptos tampoco son inteligibles en un modelo relacional o que ubica en su centro al concepto de interacción.³⁰

²⁹ ¡Cuántas veces se ha oído en nuestro medio decir “yo no interactúo con mi paciente”! En mi experiencia se lo suele usar para decir: mantengo la neutralidad, no opino, el análisis no es una relación social, yo no influyo en mi paciente... y debe haber muchos más significados. Pienso que la distinción entre concepto y conducta permite desmontar algunas de estas frases –que operan, en la mentalidad grupal psicoanalítica, con el descolorido sabor del estereotipo.

³⁰ Creo que aunque obvio no está de más afirmar aquí que la postulación de la neutralidad (o las expresiones freudianas que remitirían a este término acuñado por Strachey en su traducción) y de la abstinencia en la obra de Freud son deudoras, entre otras cosas, de una visión idealizada de la ciencia del siglo XIX y de una necesidad política (Grenberg 1991, Mitchell 1997): legitimar al psicoanálisis como disciplina científica y método de tratamiento. Desde el comienzo, ambas metas fueron desafiadas con cargos tales como que el proceso analítico estaba enteramente contaminado por la sugestión. Por ello los datos del psicoanálisis no poseían valor, siendo los efectos del tratamiento sólo el producto de la “relación personal” (dicho en sentido banal), el analista simplemente introducía ideas en la mente de su paciente merced a esta relación. (Freud aludía a esto como la “burda imposición sugestiva”, ver la Biografía de E. Jones). Muchas de las prescripciones técnicas de Freud (“negativas”, como las califican Freud y Ferenczi en su correspondencia) implícitamente estaban dirigidas a esta preocupación. Léidas en su contexto resultan ser respuestas a la idea de que la sugestión por el analista era la responsable del cambio terapéutico y de los datos sobre los que se basaba la teoría. Las recomendaciones técnicas “negativas” como la “pantalla blanca” o “el “espejo que refleja” así como la actitud de “desapego quirúrgico” aluden todas ellas a la necesidad, imperiosa en los comienzos del psicoanálisis, de que el analista no sea diferente de otros científicos, es decir, según se pretendía entonces, que el científico no afectase al objeto de observación. También es de señalar que hace tiempo algunos psicoanalistas vienen redefiniendo y habilitando una comprensión diferente y menos burda de la idea sugestión (véase Zukerfeld 1990 y Wachtel 1993).

Cualquier definición *a priori* de la participación del analista, cualquier actitud estándar o “crónica”, incurre en el mismo error (inclusive el *self-disclosure* continuo promovido por Renik): la creencia de que habría una actitud determinada que, como tal, poseería siempre un significado *a priori* definido por el analista, o que la intención del analista que vehiculiza dicha actitud agotaría el significado de la misma. La comprensión interactiva de la experiencia analítica no determina ni conlleva, como tal, ningún tipo particular de participación –aunque abre, por supuesto, el abanico de nuevas posibilidades. Me gustaría aclarar que la discontinuidad entre la intención del analista y sus efectos no se debe a la supuesta “distorsión transferencial”, lo que presupondría ‘la corrección’ de la actitud en cuestión. Como venimos enfatizando, no se trata ni de ‘corrección’ ni de ‘incorrección’ sino de sostener que el concepto de interacción nos lleva a pensar que el significado se construirá conjuntamente en la situación analítica. Como sostiene Mitchell en el epílogo de su libro *Influencia y Autonomía en Psicoanálisis*:

Una buena técnica analítica no se refiere a acciones correctas sino a un exigente trabajo de pensamiento, a un proceso continuo de reflexión y reconsideración. No hay una única acción clínica correcta (aunque seguramente hay algunas que son únicamente incorrectas). En este libro he tratado de demostrar que pensar sobre la interacción es una de las áreas más importantes y, en muchos aspectos, una de las más ampliamente descuidadas por el psicoanálisis contemporáneo. (Mitchell, 1997, p. 268).

Mitchell sugiere (1997, 2000) la necesidad de reflexionar sobre los modos en que las diferentes tradiciones teóricas se han esforzado, en este último tiempo, en abordar ‘la interacción’ en la situación analítica. Al enfocar este problema, como no podría ser de otro modo, cada tradición trae su propia historia respecto de ésta. Aún así se podría distinguir, esquemáticamente, dos posturas frente a la interacción: aquellos que intentan delimitarla como algo que ocurre en un momento del proceso y aquellos que no realizan esta restricción y que aportan vértices novedosos.

Ejemplos del primer grupo son: el concepto de *enactment* de los freudianos contemporáneos americanos (Jacobs, 1988, 1991) y los desarrollos del concepto de identificación proyectiva de autores como Thomas Ogden o Betty Joseph –postura que Mitchell califica de “interpersonalización” (1997) de dicho concepto. Queremos señalar con Mitchell (1995, 1997) y Aron (2005), que estos autores al delimitar la interacción, la restringen a

algo que acontece en un momento dado del proceso analítico. Si bien esto es un paso significativo en el desarrollo de las respectivas tradiciones teóricas y ha alimentado interesantes reflexiones clínicas, es insuficiente conceptualmente ya que siguen desconociendo la naturaleza profundamente interactiva de la situación analítica como tal. Como insiste Mitchell, esta vez citando a Hoffman: “La interacción en la sesión es continua; no existe ‘tiempo muerto’ (‘time-out’)” (Hoffman, 1987).

Respecto del segundo grupo, Mitchell sostiene que para él estas contribuciones no son propuestas que compitan entre sí, sino que plantean diferentes aspectos y modos de operar de la relacionalidad. De este segundo grupo podemos resaltar los trabajos de Jessica Benjamin así como los trabajos que se desprenden de la investigación en infancia (Beatrice Beebe, Louis Sander).

Modos de la relacionalidad

Nos gustaría exponer brevemente el último modelo que Mitchell desarrolla en *Relationality: From Attachment to Intersubjectivity*³¹ (2000) donde propone un marco de trabajo que permite integrar los diferentes aportes y modos de comprensión de la relacionalidad. Una nueva situación que evidencia ese rasgo tan característico de su quehacer como psicoanalista: la búsqueda de la integración crítica de las contribuciones pasadas y presentes.

En la construcción de este modelo Mitchell parte de la idea de Hans Loewald de ‘niveles de organización’ y establece cuatro modos de organización interaccional que le permiten albergar las diferentes perspectivas sobre la interacción. Estos niveles de organización, siguiendo la concepción de Loewald, no operan sucesivamente sino en simultaneidad, aunque puede ocurrir, clínicamente, que alguno de ellos tome el comando. Nombraremos primero estos modos que enumera Mitchell, para luego desarrollarlos: el “modo 1” alude al “comportamiento no-reflexivo”, el “modo 2” a la “permeabilidad afectiva”, el “modo 3” a las “configuraciones sí mismo-otro” [*self-other configurations*] y el “modo 4” a la “intersubjetividad”. Dice Mitchell:

³¹ Creemos necesario aclarar que Mitchell usa el término intersubjetividad en dos sentidos a lo largo de su obra: uno amplio y uno restringido. En el primer uso la intersubjetividad se equipararía a su idea de interacción y a lo que él, los últimos años, llamó relacionalidad. En el segundo uso la intersubjetividad designa un tipo particular de interacción –que es lo que nos ocupa en esta parte del trabajo.

Me interesa demostrar que el proyecto de yuxtaponer diferentes dimensiones relacionales en una jerarquía de patrones de sofisticación organizacional creciente es útil para una síntesis crítica de los conceptos relacionales, para pensar las implicaciones clínicas de la interacción dentro de la situación analítica y para explorar algunas de las elecciones que los clínicos hacen diariamente sobre qué decir o no decir acerca de aquello que están sintiendo y aquello que están haciendo (2000, p.59).

El comportamiento no-reflexivo o pre-simbólico, modo 1, se refiere a lo que la gente realmente "hace" con los otros, modo en que los campos relacionales se organizan alrededor de regulaciones mutuas. Los aportes centrales a este modo vienen de la tradición psicoanalítica interpersonal, de la teoría del apego y de la investigación en infancia. Mitchell cita a menudo una frase de Levenson que caracteriza bien este tipo de relacionalidad: "quién está haciendo qué a quién". Lo que Sullivan denominó "indagación detallada" en la situación clínica se esfuerza, justamente, en poner al descubierto "las sutiles coreografías de micro-adaptaciones interpersonales" (Mitchell, 2000, p.60). Si bien lo que releva es la dimensión comportamental, lo que evoca y provoca es la conducta de uno en la del otro y viceversa, en una simultaneidad difícilmente transmisible en prosa; no podríamos, en absoluto, asociar esta mirada a las teorías conductistas, ya que estos autores enfatizan este camino como vía de acceso a la comprensión de las personas y de sus mentes, en el nivel "pre-simbólico" (Beatrice Beebe) o dimensión "pre-reflexiva" (Louis Sander).

En una intervención sobre la obra de Sander, *Las texturas del campo* (2002), Mitchell comenta que Sander, al poner el foco en la conducta, como Sullivan y otros, se pregunta: ¿qué es lo que realmente está ocurriendo?, cómo la acción de cada participante está modelada por y, a su vez, modela las acciones del otro. Habla, a raíz de un filme de Sander, sobre el "intrincado ballet" que realizan la madre y el bebé. También señala allí la importancia clínica que para él han tenido los aportes vinculados al "conocimiento procedimental", al "conocimiento implícito relacional" (Karen Lyons), entre otros; es decir, de aquellos enfoques que enfatizan lo que realmente ocurre en la interacción. Muchos de estos desarrollos se basan en la teoría de los sistemas dinámicos, teoría que permite, según Mitchell, explorar las dialécticas entre complejidad-unidad, diferencia-continuidad, cambio-recurrencia. En esta línea, afirma Mitchell, volviendo a la clínica, queda renga toda interpretación que reduzca la complejidad de estas tex-

turas de la experiencia para enfatizar sólo la repetición. El enfoque de Sander, asevera, nos invita a percibir tanto la recurrencia de patrones como la novedad.

La permeabilidad afectiva, modo 2, parte de la idea de que los estados afectivos son contagiosos (Sullivan). Afectos intensos despiertan afectos semejantes en los otros. Estas resonancias, tanto en el desarrollo temprano como en los niveles inconscientes, desconocen, con frecuencia, dónde está el origen de un estado afectivo compartido. En los momentos de un compromiso afectivo intenso, sostiene Mitchell, estas preguntas pierden su sentido (2000). Este modo fue trabajado tanto por Sullivan en su concepto de "vínculo empático" como por Loewald en su redefinición del concepto de proceso primario, quien sostiene que las emociones intensas se registran de este modo (Loewald, 1978). En la clínica muchos autores, entre ellos Phillip Bromberg y Christopher Bollas, han señalado cómo en la interpenetrabilidad de la transferencia-contratransferencia los afectos del analista son "una ventana" (Mitchell 2000) sobre las experiencias afectivas disociadas del paciente. En una oportunidad escuché a Hugo Bleichmar³² señalar como importante para comprender este nivel de la experiencia emocional del analista, el aclarar que ésta se activa no por la temática del discurso del paciente sino, justamente, por "contagio", es decir, por activación emocional en un plano no reflexivo.

Las configuraciones sí mismo-otro [*self-other*], modo 3, son tal vez las más teorizadas en la historia del psicoanálisis. Aquí nos encontramos en un nivel simbólico de organización de la experiencia, en donde las interacciones fueron construidas conjuntamente y categorizadas, conciente o inconscientemente, en relación con determinadas figuras del mundo interpersonal. En las diferentes relaciones modelamos configuraciones *self*-otro y esta multiplicidad de versiones tanto del *self* como del otro y de su relación constituyen una forma de organizar la experiencia interpersonal.³³ Esto no disminuye lo significativo del contexto (interpersonal) a la hora de comprender estas configuraciones. No se activan en el vacío.³⁴ Sólo que la existencia de múltiples versiones del *self* y/o *self*-otro nos permite articular mejor la dialéctica

³² Al no estar escrito, asumo la responsabilidad del comentario.

³³ No lo desarrollamos en este trabajo pero el concepto de "matriz relacional" (1988) como el de "multiplicidad del *self*" (1993) fueron conceptos con los que Mitchell fue trabajando este modo.

³⁴ Esta es otra forma de fundamentar por qué las actitudes del analista están íntimamente vinculadas y recíprocamente influenciadas por las versiones del *self* activadas del paciente.

interno-externo. Fairbairn³⁵ y su teoría de las relaciones de objeto internos es la referencia principal de Mitchell. Sostiene que Fairbairn introdujo, entre otros aportes, dos principios íntimamente vinculados. El primero de ellos alude a la inseparabilidad de la formación del self y del objeto-otro; su argumento aquí es muy simple: si la libido busca objetos no tiene sentido psicológicamente pensar en el self sin relación con otro, y ya que los objetos devienen psíquicamente relevantes en relación con su investidura por el self, tampoco tiene sentido pensar una determinada versión del objeto por fuera de alguna determinada versión del self. El segundo principio sostiene la idea de la multiplicidad del self, es decir: no somos un self unitario (único) que lucha por protegerse-defenderse de los impulsos sino un self discontinuo, con múltiples organizaciones del self empaquetadas juntas en un ilusorio sentimiento de continuidad y coherencia que tiene rasgos concientes e inconcientes.

Siguiendo la lectura que Th. Ogden hace de los objetos internos de Fairbairn (1989), Mitchell sostiene que cada versión es una unidad funcional con un sistema de creencias, organización afectiva, agencia intencional [*agentic intentionality*]) e historia del desarrollo.

En el nivel de interacción de mayor complejidad Mitchell sitúa a la intersubjetividad en un sentido restringido. Es el modo más discriminado, en donde el otro-sujeto es considerado como alguien independiente de derecho propio. En este modo de la relacionalidad son centrales las contribuciones de Jessica Benjamin sobre la tensión entre auto-afirmación y reconocimiento (1989, 1995). Como afirma Mitchell:

Las personas, tanto uno mismo como los otros, han devenido agentes más complejos, con intencionalidad auto-reflexiva (pensando en e intentando hacer cosas) y con responsabilidad (hacia otros agentes). [...] Benjamin y Chorodow demostraron que una visión más significativa de la salud para el niño (y para el paciente psicoanalítico) es la adquisición de un sentido de subjetividad y de agencia [*agency*]³⁶ en

³⁵ Fairbairn fue uno de los autores que, junto con Sullivan y Loewald, fueron trabajados por Mitchell a lo largo de toda su obra. Sólo como referencias: en 1981 publica uno de sus primeros trabajos sobre "*The Origin and Nature of The "Object" in the Theories of Klein and Fairbairn*" y, en su último libro en vida (2000), el capítulo 5 está dedicado a trabajar la obra de Fairbairn: "*Fairbairn's object-seeking. Between Paradigms*".

³⁶ Este término inglés es de difícil traducción. No sé si agencia, el más literal, es el mejor –aunque se usa. El término, que fue bastante trabajado por Schafer (1983), refiere sobre todo al rol activo del sujeto en la construcción de su universo personal. Mitchell ha trabajado este asunto de diversas maneras y en diversos contextos a lo largo de toda su obra. Por sólo situar dos momentos: en "*Conceptos relacionales en psicoanálisis*" (1988) le dedica un capítulo entero bajo el título de "El problema de la voluntad" –reformulación de un trabajo previo– y diez años después, en un congreso sobre Fairbairn en Lisboa (1998), vuelve sobre ese tema desde el título mismo de su ponencia.

el contexto de relación y de reconocimiento por, e identificación con, una madre (analista) que es sujeto de derecho propio" (2000, p. 66).

Por supuesto, habría mucho más para decir de este modelo y de la obra de Stephen A. Mitchell en general, pero lo dejo para otro momento. Querría terminar este trabajo justificando algunas de las citas que he puesto como epígrafe. Pienso que tanto la de Bill Evans como la de Richard Rorty reflejan el espíritu con el que gran parte del psicoanálisis relacional enfrenta la labor clínica: transformar un desencuentro en una experiencia novedosa y traer algo nuevo a la escena analítica son dos funciones centrales del analista. Eso que traemos a la mesa, como dice Rorty, no puede ser más que el producto de una improvisación, algo que no existía y que sólo allí existirá, teniendo en cuenta que el concepto de improvisación en el jazz conlleva la articulación de una ardua disciplina con la expresividad y de trabajo técnico con lo personal, como dos caras inseparables. Tal vez estos sean los epígrafes de otro trabajo o del que nunca se escribió.

Palabras clave: Mitchell, interacción, psicoanálisis relacional, neutralidad, relacionalidad, situación analítica

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aron, L. (1996). *A Meeting of Minds*. Hillsdale, Nj. Analytic Press.
- Balint, M. (1949). L'évolution des buts et des techniques thérapeutiques en psychoanalyse. En *Amour primaire et technique psychoanalytique*. Paris, Payot, 2001.
- Benjamin, J. (1988). *The Bonds of Love*. New York. Pantheon. Hay traducción castellana: *Los lazos de amor*. Paidós.
- (1995). *Like Subjects, Love Objects*. New Haven, Ct: Yale University Press. Hay traducción castellana: *Sujetos iguales, objetos de amor*. Paidós.
- Bleichmar, H. (1997). *Avances en Psicoterapia Psicoanalítica*. Barcelona: Paidós.
- Greenberg, J. & Mitchell, S.A. (1983). *Object Relations in Psychoanalytic Theory*. Cambridge. Harvard Univ. Press
- Hoffman, I. (1983) The Patient as Interpreter of the Analyst's Experience. *Contemporary Psychoanalysis*, 19, 389-422
- Hoffman, I. Z. (1987) The Value of Uncertainty in Psychoanalytic Practice. *Contemporary Psychoanalysis*, 23, 205-215
- (1998). *Ritual and Spontaneity in the Psychoanalytic Process: A Dialectical-Constructivist View*. Hillsdale, Nj. Analytic Press

- Jacobs, T. (1986) On Countertransference Enactments. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 34, 289-307
- Kohut, H. (1982). Introspection, Empathy, and the Semi-Circle of Mental Health. *International Journal of Psychoanalysis*, 63, 395-407.
- Levenson, E. A. (1972). *The Fallacy of Understanding*. New York. Basic Books.
- Mitchell, S.A. (1981) The Origin And Nature of The "Object" In The Theories of Klein And Fairbairn. *Contemporary Psychoanalysis*, 17, 374-398
- (1988). *Relational Concepts in Psychoanalysis*. Cambridge, Ma. Harvard Univ. Press. (Traducción en Español: *Conceptos Relacionales en Psicoanálisis: Una Integración*. México, Siglo XXI).
- (1993). *Hope and Dread in Psychoanalysis*. New York. Basic Books
- (1995). Interaction In The Kleinian And Interpersonal Traditions. *Contemporary Psychoanalysis*, 31, 65
- (1996). Reply to Hainer and Weishaus. *Psychoanalytic Dialogues*, 6, 737-740
- (1997). *Influence And Autonomy In Psychoanalysis*. Hillsdale, Nj. Analytic Press
- (2000). *Relationality: From Attachment to Intersubjectivity*. Hillsdale, Nj. Analytic Press
- (2002). The Textures of the Field: The Contributions of Louis Sander. *Psychoanalytic Dialogues*, 12(1), 65-71
- Mitchell, S.A. & Aron, L. (Eds.). (1999). *Relational Psychoanalysis: The Emergence of a Tradition*. Hillsdale, Nj. Analytic Press
- Racker, H. (1960). *Estudios Sobre Técnica Psicoanalítica*. Buenos Aires. Paidós.
- Renik, O. (1993). Analytic Interaction: Conceptualizing Technique in Light of the Analyst's Irreducible Subjectivity. *Psychoanalytic Quarterly*, 62, 553-571
- Thomä, H., Kächele, H. (1989). *Teoría y Práctica del Psicoanálisis: Vol. I*. Barcelona: Herder.
- (2000). *Relationality: From Attachment to Intersubjectivity*. Hillsdale, Nj. Analytic Press
- (2002). The Textures of the Field: The Contributions of Louis Sander. *Psychoanalytic Dialogues*, 12(1), 65-71 (1990). *Teoría y Práctica del Psicoanálisis. Vol. II*. Barcelona. Herder.
- Wachtel, P. (1993). *Therapeutic Communication: Knowing, what to Say, when*. New York. Guilford
- Wallerstein, R. S. (1995). *The Talking Cures*. New Haven, Ct. Yale University Press.
- Zukerfeld, R. (1990). Transferencia y Sugestión. En E. Braier, *Psicoanálisis: Tabúes en teoría de la técnica*. Buenos Aires. Nueva Visión.